

general Miollis, y este las aprobó verbalmente volviendo á repetirle lo muy importante que era el resultado.

Al amanecer del día 5, Radet hizo los preparativos materiales, ocultando la operación á los ojos del público con el cruzamiento de pequeñas patrullas y algunas medidas de policía: durante todo el día no dejó salir á la tropa de los cuarteles para inspirar confianza á los del palacio Quirinal; por último, empleó todos los pretextos y medios propios para evitar sospechas. A las nueve de la noche reunió uno en pos de otro á los gefes militares, y les comunicó sus órdenes. A las diez todo estaba reunido en la plaza de los Santos Apóstoles y en el cuartel de la *Pilotta*, no lejos del Monte-Cavallo que iba á ser el centro de operaciones.

Pasó al cuartel de la *Pilotta* y vió que sus órdenes estaban cumplidas; de allí se dirigió á la plaza de los Santos Apóstoles, dió algunas disposiciones militares, y luego volvió á su casa con dos principales gefes que eran el coronel Siry, comandante de la plaza, y el coronel Coste, comandante de la gendarmería. Allí le esperaba el gobernador general, que le entregó la orden por escrito de arrestar al cardenal Pacca, y en caso de oposicion por parte del Papa, de arrestar tambien á Pio VII y conducirlos á Florencia.

Al leer aquella orden condicional, Radet quiso hacer algunas observaciones; mas el gobernador general habia ya salido: eran las once de la noche y todo estaba ya preparado para comenzar á obrar. Volvió pues Radet á bajar al cuartel y á la plaza, y colocó por sí mismo las patrullas, guardias, puestos y destacamentos de operaciones, en tanto que el gobernador general para contener á los transiterinos hacia ocupar el puente del Tiber y el castillo de Sant-Angelo por el escaso batallón napolitano á las órdenes del general Pignatelli-Cerchiara.

Cada gefe de los destacamentos que debian concurrir al conjunto de las operaciones, estaba prevenido del instante y de la señal convenidos para el escalamiento. El momento señalado para empezar á obrar simultáneamente era al dar la una de la noche el reló del Quirinal; pero un incidente retardó la operacion. Radet supo que uno de los oficiales de la guardia del Papa estaba de atalaya en el torreón saliente de la gran puerta de entrada del Quirinal, y que todas las noches se tomaba esta precaucion de seguridad que duraba hasta el amanecer. En vista de esto cambió el plan: subdividió los puestos de los alrededores de la fuente de Trevi, dispuso que se guardaran las puertas de las iglesias principales de aquellas inmediaciones para evitar el toque de alarma; acechó la entrada del oficial vigilante en el torreón, y á las dos y treinta y cinco minutos dió la señal.

El cardenal Pacca, despues de haber pasado un dia lleno de fatigas y angustias, despues de haber estado velando hasta las dos y media de la noche, viendo ya rayar los primeros crepúsculos del dia, y no oyendo ningun ruido ni en la plaza del Quirinal ni en las calles inmediatas, pensó que por aquella noche ya habia pasado el peligro, y se retiró á su estancia á tomar algun descanso. Mas apenas se habia echado en el lecho, cuando se presentó un criado diciéndole que los franceses se hallaban ya en el interior del palacio: levantóse precipitadamente y acudió á la ventana, desde la cual vió muchos hombres armados que atravesaban el jardín (1).

Mientras que un destacamento de treinta hombres escalaba las tapias de este jardín cerca de la puerta principal, por detrás del patio de la Panaderia, para guardar las salidas de este patio y los tránsitos subterráneos

(1) *Memorias del cardenal Pacca*, t. 1, p. 123.

al ángulo de la santa capilla, otro destacamento de veinte y cinco hombres guardaba la pequeña puerta posterior, en la calle que baja al *Lavatojo*: el coronel Siry, con un destacamento de cincuenta hombres, subia por la ventana de una cámara no ocupada en el centro de los edificios contiguos al Quirinal, donde habitaba la mayor parte de la servidumbre del Soberano Pontífice, rompiendo á hachazos todas las ventanas: Radet por su parte se habia propuesto subir con cuarenta hombres por el techo de la Dataria á la torre, para penetrar desde allí en los departamentos; mas habiéndose roto dos escalas, trató de entrar por la puerta grande del palacio Quirinal.

El coronel Siry consiguió penetrar en el gran patio del palacio. Radet oyó ruido y gritos de alarma, entre los que distinguió claramente las voces de: *All' arme, traditori*. El reló dió las tres y la campana de la santa capilla empezó á voltear. Los de Radet temieron que este campaneó fuese la señal de alarma; pero la campana dejó de sonar á los dos minutos; con lo cual Radet tranquilizó los ánimos y envió á buscar veinte hombres de los veinte y cinco que habia colocado en la puerta del *Lavatojo*, por la cual, hallándose tapiada interiormente, no pudieron pasar los invasores. Hallábase ocupado en abrir á la fuerza la pequeña puerta practicada en una de las hojas de la puerta cochera del Quirinal, cuando el coronel Siry, que habia conseguido penetrar en el patio interior, envió á abrir esta puerta y le facilitó la entrada en el palacio. Al instante reunió su destacamento reforzado con los veinte hombres y lo incorporó al del coronel: colocó una guardia á la entrada y con el resto marchó hacia un grupo de obreros que en un ángulo á la derecha del fondo del patio se disponian al parecer á defenderse. Despues de haber dispersado este grupo, fué subiendo de estancia en

estancia hasta la antecámara de la sala del trono, llamada de las santificaciones. Aquí encontró la guardia suiza del Papa compuesta de cuarenta hombres incluso el capitán, todos armados y puestos en buen orden en el fondo del aposento. Radet mandó entrar su tropa é intimó á los suizos rendir las armas; lo cual hicieron sin resistencia, cumpliendo con la orden que se les habia dado. Radet los mandó desarmar y conducir arrestados á su propio cuerpo de guardia, guardándolos con centinelas de vista.

A todo esto el cardenal Pacca habia enviado su sobrino Tiberio á despertar á Pio VII como de antemano estaba dispuesto que se haria, dado caso que ocurriera durante la noche algun suceso extraordinario, y de allí á poco el mismo cardenal corrió á ver al Papa segun estaba vestido en su cuarto. El Papa se levantó con gran serenidad de ánimo: púsose sus vestidos y su *mozzetta* y pasó al salón donde acostumbraba dar audiencia. Allí se encontraron reunidos, además del cardenal Pacca, el cardenal Despuig, algunos prebostes de los que habitaban en el Sacro Palacio, y algunos redactores y empleados de la secretaría de Estado. En aquel momento el Papa mandó que le trajeran el anillo regalado por la piadosa reina Clotilde á Pio VI, y que este Pontífice tenia en el dedo cuando murió. Pio VII se puso alegremente esta sortija en el dedo y parecia que la contemplaba con placer (1).

Los invasores, derribando á hachazos las puertas, avanzaron desde la sala del trono hasta el dintel de la cámara ocupada por Pio VII y su comitiva. El Pontífice mandó abrir la puerta para evitar mayores desórdenes y algun funesto acontecimiento, y se colocó delante de una mesa que habia en el centro

(1) M. Artaud. *Hist. del Papa Pio VII*, t. 2, p. 220.

del aposento, teniendo un cardenal á su derecha y otro á su izquierda, y todos los demas prelados y empleados formando ala. Abierta que fué la puerta, el general Radet fué el primero que entró en el aposento (1).

«Póngase cualquiera en mi situacion, dice Radet (2), y con tal que no haya perdido todo sentimiento moral y humano, juzgue cuán penosa debió ser mi posicion. Yo no tenia aun la órden de apoderarme de la persona del Papa: un santo respeto hácia esta sagrada cabeza, doblemente coronada, llenaba todo mi ser y todas mis facultades intelectuales: mas al encontrarme delante de ella, seguido de tropa armada, senti estremerceme todos mis miembros con un movimiento opresivo y espontáneo (3). Yo no habia previsto este accidente ni sabia cómo salir de él. ¿Qué podia decir? ¿Qué habia de hacer? ¿Por dónde principiar? Hé ahí la dificultad de mi mision.

La tropa entraba conmigo: la presencia del Santo Padre, de su Sacro Colegio y del santo lugar en que me encontraba exigian respeto y decoro: yo me volví atrás, mandé que la tropa volviese y se colocase en el salon del trono y que se destacasen patrullas que mantuvieran el órden en el interior del palacio. Altamente embarazado sobre el partido que debia tomar para no comprometer el resultado de la operacion, ni al gobierno, ni á mí mismo, aproveché el movimiento retrógrado de mi tropa para enviar

(1) Mem. del card. Pacca, t. 1, p. 124.

(2) Relacion exacta y detallada etc.

(3) «Cuando despues de haber entrado con el hacha en mano y fracturando puertas llegásteis á veros en la presencia del Papa, preguntó posteriormente á Radet el caballero Artaud (Hist. del Papa Pio VII, t. 2, p. 364-365), ¿os sucedió algo de sobrenatural?—No pude remediarlo, contestó Radet; en la calle, en los tejados, subiendo por las escaleras, con los suizos, todo iba bien; pero cuando me vi delante del Papa, se me representó mi primera comunión.»

á toda prisa el sargento de gendarmeria, Cardini, á dar parte al gobernador general de que me hallaba en presencia del Papa sin haber podido llegar hasta el cardenal Pacca, á quien yo no conocia, y pedirle sus órdenes. Prolongué el movimiento de mi tropa, no dejando á su frente mas que un pequeño número de oficiales, é hice entrar á los demas detrás de mí con los sargentos de gendarmeria. Entraron en el salon con la mayor compostura, con el morrion ó sombrero en la mano, inclinándose cada cual ante el Pontífice al pasar á tomar su puesto en la fila que formamos en el interior de la pieza. Estas disposiciones duraron como unos cinco minutos, al cabo de los cuales llegó Cardini que me dió en secreto la órden del gobernador de arrestar al Papa juntamente con el cardenal, y conducirlos inmediatamente fuera de Roma. Por severa que me pareciese esta órden, no hubo mas remedio que obedecer.»

Radet estaba en frente de Pio VII: los oficiales y los dos ó tres romanos rebeldes que habian dirigido á los soldados en el escalamiento del palacio, formaban ala. Durante algunos minutos reinó un profundo silencio. Mirábanse unos á otros llenos de asombro, sin hablar una palabra y sin mudar de actitud (4).

Finalmente, Radet con el rostro pálido y la voz trémula, hallando con trabajo las palabras que necesitaba, dijo al Papa, que estaba encargado de una comision desagradable y penosa; mas que habiendo jurado fidelidad y obediencia al emperador, no podia dispensarse de ejecutar su órden; que por consiguiente en nombre del emperador le intimaba renunciarse á la soberanía temporal de Roma y del Estado, y que si Su Santidad lo rehusaba tenia órden de conducirlo á la presencia del gene-

(1) Memor. del cardenal Pacca, t. 1, p. 124-129.

ral Miollis, que indicaria el lugar á donde seria destinado.

El Papa sin turbarse respondió poco mas ó menos en estos términos: «Si os creéis obligado á ejecutar tales órdenes del emperador, porque le habeis hecho juramento de fidelidad y obediencia, pensad de qué modo debemos Nos sostener los derechos de la Santa Sede á la que estamos ligados por tantos juramentos! No podemos, ni debemos, ni queremos abandonar lo que no es nuestro. El dominio temporal pertenece á la Iglesia, y Nos no somos mas que un administrador. El emperador podrá mandarnos hacer pedazos; pero jamás conseguirá de nosotros semejante cosa. Despues de lo que hemos hecho por él, no esperábamos en verdad trato semejante.»—«Santo Padre, dijo el general, yo sé que el emperador os debe muchas obligaciones.»—«Mas de las que vos sabeis, replicó el Pontífice en tono muy animado. Y continuó diciendo: ¿Y he de partir solo?—Radet respondió: «Vuestra Santidad puede llevar en su compañía al cardenal Pacca.» Este, que como ya se ha dicho, se hallaba al lado del Pontífice, preguntó súbitamente: «¿Qué órdenes me dá vuestra Santidad? ¿Debo yo tener el honor de acompañarle?—Habiendo Pio VII respondido que sí, el cardenal pidió que se le permitiera entrar en el cuarto inmediato, en donde seguido de dos oficiales de gendarmeria, que aparentaban estar mirando los aposentos, se puso su traje de cardenal con el *roquete* y la *muzeta*, creyendo que iba á acompañar á Pio VII al palacio Doria, en el que vivia el general Miollis. En tanto que el cardenal se vestía, el Papa escribió con su propia mano el nombre de las personas que queria que le acompañasen, y habló con el general Radet, quien entre otras cosas, mientras que el Papa arreglaba algunos objetos de su habitacion, le dijo: «¡Nada tema Vuestra Santidad! pues nada se tocará.» El Pontífice respondió: «Quién

no hace ningun caso de su vida, menos caso hará de las cosas de este mundo.»—Radet hubiera querido que el Papa tomase algun traje con el cual no fuera tan conocido; pero no tuvo valor para decírselo. Cuando el cardenal Pacca regresó á la habitacion del Papa, halló que ya se habia obligado á este á partir, sin dar tiempo á los camareros ó ayudas de cámara, de poner en una maleta un poco de ropa blanca para mudarse en el camino. El cardenal se reunió con el Pontífice en la antesala. Entonces los dos, rodeados de gendarmes, esbirros, y vasallos rebeldes, pasando con trabajo sobre las ruinas de las puertas que habian sido fracturadas, bajaron las escaleras, atravesaron el patio grande donde permanecia formado el resto de la tropa francesa y de los esbirros, y llegaron á la puerta principal de Monte-Cavallo, donde encontraron el carruaje de general Radet (era un coche de la clase de los que en Roma llaman *bastardelles*). En la plaza se hallaban formadas las tropas napolitanas, que acababan de llegar, y el Papa las bendijo é hizo lo mismo con la ciudad de Roma. Hicieron entrar en el coche primeramente al Papa y luego al cardenal Pacca, y se advirtió que las persianas que daban al lado de Su Santidad estaban clavadas. Hecho esto, cerró un gendarme las dos portezuelas con llave, y despues de colocarse el general y el sargento Cardini en el asiento exterior, partió el coche. Pio VII fué seguido hasta la puerta principal, por algunos prelados, redactores, empleados de la secretaria de Estado y muchos familiares, todos medio muertos de miedo, y á ninguno le fué permitido ni acompañarle ni aun arrimarse al carruaje. En vez de tomar el camino del palacio Doria, se dirigieron hácia la *Porta Pia*; pero antes de llegar torcieron hácia la *Porta Salara*, y dando la vuelta por fuera de las murallas llegaron á la puerta del Pueblo, que estaba tambien cerrada como todas las demas. A lo largo de las murallas se encon-

traban destacamentos de caballería sable en mano, y Radet daba sus órdenes á los comandantes con un aire de triunfo, como si acabara de ganar una batalla.

Fuera de la puerta del Pueblo se hallaban los caballos de la posta, y mientras los estaban enganchando el Papa echó en cara dulce á Radet la mentira que le habia dicho, asegurándole que le llevaba al alojamiento del general Miollis, y se quejó del modo violento con que se le arrancaba de Roma sin servidumbre, desprovisto de todo y con solo el vestido que tenia puesto. El general respondió que no tardaría en alcanzarle la comitiva de las personas indicadas en la lista dada en Monte-Cavallo, con todo lo que hiciera falta, y en el acto despachó un gendarme á caballo al general Miollis invitándole á acelerar la marcha de la comitiva. Luego dijo al cardenal Pacca que estaba muy contento de que su comision se hubiera llevado á cabo pacíficamente sin haber un solo herido, y el cardenal replicó: «¿Pues qué, estábamos en alguna fortaleza, donde pudiéramos hacer resistencia?» — «Sé muy bien, añadió Radet, que Vuestra Eminencia habia dado la orden de que nadie resistiera, y que habia prohibido que nadie se acercara con armas á Monte-Cavallo.»

Poco despues el Pontífice preguntó al cardenal si traía algun dinero. «Vuestra Santidad ha visto, contestó el cardenal, que he sido arrestado en vuestro aposento, y por lo tanto no he podido volver al mio.» Entonces sacaron sus bolsillos, y á pesar de la aflicción y el dolor que nos causaba el vernos arrancados de Roma y de su buen pueblo, no pudimos contener la risa, dice el cardenal Pacca (1), al ver que en la bolsa del Pontífice no habia mas que una moneda de las llamadas *papetto* (unos treinta cuartos españoles),

(1) *Mem. del card. Pacca*, t. 1, p. 129.

y en la mia tres *grossi* (poco mas de veinte cuartos). De modo que el Soberano Pontífice y su ministro emprendian el viaje á lo apostólico, y segun las palabras de Nuestro Señor á los Apóstoles: «Nada llevareis yendo de camino, *neque panem* (no teniamos provision de ninguna especie), *neque duas tunicas* (no teniamos mas vestido que el que llevábamos puesto, y este era muy incómodo, pues el Papa estaba de *mozetta* y *stola*; y yo de *mantelletta*, *rocchetto* y *mozzeta*, sin una sola camisa para mudar), *neque pecuniam* (solo cincuenta cuartos). El Papa enseñó el *papetto* al general Radet diciéndole: «¡Hé aquí lo que poseemos de todo nuestro principado!» Preguntándole Radet si se hallaba bien, respondió: «Me hallo bien; Nuestro Señor sufrió mucho mas.»

Al principiar el viaje temió el cardenal que el Papa, penetrado de horror por la accion abominable y sacrilega que se cometia con él, y previendo funestas consecuencias para la Iglesia, se arrepintiera de las rigurosas providencias que habia tomado y le acusara, allá en su interior, de habérselas aconsejado. Mas no tardó en salir prontamente de este cuidado, pues el Papa, con la sonrisa en los labios y un aire de verdadera complacencia le dijo: «Cardenal, hemos hecho bien en publicar la bula de excomunion el 10 de junio, pues de lo contrario ¿cómo lo haríamos en la actualidad?»

La noche siguiente se fijó en los sitios de costumbre en Roma por orden del cardenal Pacca y en nombre del Papa un manifiesto, que puede ser considerado como la despedida de un tierno padre al separarse de sus amados hijos: «En el dolor en que nos hallamos, decía Pio VII, sentimos un dulce consuelo en ver que se cumple en Nos lo que nuestro Señor anunció á San Pedro, diciéndole: «os hallareis en la edad de la senectud, cuando estendereis vuestras manos, y otro os

atará y llevará á donde no querais ir. Nos otros abandonamos nuestras manos sacerdotales á la fuerza que nos ata para llevarnos á otra parte, y declaramos á los autores de este hecho responsables ante Dios de todas las consecuencias de semejante atentado. Por nuestra parte deseamos solamente, aconsejamos y mandamos que nuestros fieles súbditos, nuestro rebaño particular de Roma, así como el universal de la Iglesia católica, imitate puntualmente á los fieles del primer siglo, cuando San Pedro fué encerrado en la prision, y en cuyo tiempo la Iglesia no cesó de rogar á Dios por él. Sucesor, aunque indigno, de aquel glorioso Apóstol, vivimos en la confianza de que nuestros tan amados hijos tributarán este último y piadoso deber á su padre comun, y en recompensa les damos con

toda la efusion de nuestra alma la bendición apostólica. En nuestro palacio del Quirinal á 6 de julio del año 1809, el décimo de nuestro pontificado.»

A todo esto el general Miollis, despues de haber mandado arrestar á uno de los esbirros que habian cometido robos en el palacio pontificio, viendo que la empresa del rapto habia salido completamente bien, dijo en francés á los oficiales que estaban rodeados de los galeotes y esbirros, cómplices de aquel atentado: «Ahora, señores, despedid á esa canalla (1).» Esta fué la primer recompensa que consiguieron aquellos miserables por haber cometido sin peligro una accion tan abominable. ¡Así se galardona comunmente al traidor por sus infames servicios!

LIBRO DÉCIMO-QUINTO.

(CENTÉSIMO.)

Desde el rapto de Pio VII (1809), hasta su definitivo restablecimiento en su capital (1815).

No es posible dejar de experimentar un sentimiento de sorpresa y de admiracion, cuando se trae á la memoria la historia de nuestros dias (1). Tantos importantes acontecimientos políticos, sucediéndose con la mayor rapidez, han hecho mas de una vez decir ingeniosamente, que la generacion de 1789, época de

la revolucion francesa, ha vivido muchos siglos. Si esto es verdad, atendida la rápida sucesion de los acontecimientos políticos que en aquel espacio de tiempo cambiaron muchas veces la faz de la Europa, otro tanto puede decirse con relacion á los sucesos que sobre-

(2) *Mem. del cardenal Pacca*, t. 1, p. 133—142. B, del C., tomo XXIII.—X.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo VIII,

(1) M. Artaud, *Historia del Papa Pio VII*, t. 2, p. 23.